



Ilustración: Alexey Fernández, 2017





LA TRANSFORMACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA Y OTROS SECTORES DE LA IZQUIERDA CHILENA

Luis Corvalán Márquez*

Resumen

Este artículo tiene como objetivo proponer una interpretación de lo que al interior del Partido Socialista de Chile, y de otros sectores de la izquierda chilena, fuera denominado “renovación”. Lo que el artículo pretende argumentar es que desde fines de los años setenta, bajo el impacto de la derrota del 11 de septiembre, las señaladas entidades políticas experimentaron más que una renovación, un cambio de identidad, en lo cual a la Social Democracia europea jugó un papel importante. La metodología utilizada para argumentar esta hipótesis consiste en una historización de la trayectoria política e ideológica que siguiera el Partido Socialista desde sus orígenes en adelante, para luego visualizar la ruptura que, con la ayuda de la social democracia europea, la “renovación” llevara respecto de esa trayectoria. La principal conclusión que se obtuvo a través de este procedimiento consistió en que, más que una renovación, lo que experimentó el Partido Socialista a partir de fines de los años setenta del siglo pasado fue un cambio de identidad.

Palabras clave: renovación, derrota, cambio de identidad, social democracia

Recibido: 01/05/2018 / **Aceptado:** 26/06/2018

THE TRANSFORMATION OF THE SOCIALIST PARTY AND OTHERS CHILEAN LEFT SECTORS

Luis Corvalán Márquez

Abstract

This article proposes an interpretation about the process called “renovation” inside the Chilean Socialist Party and others sectors of the Chilean left. It aims to argue about the experience of the aforementioned political entities since the end of the 1970s, under the impact of the September 11th defeat, in which the European Social Democracy played an important role. The methodology used to demonstrate this hypothesis consists in developing a historical review procedure of the political and ideological trajectory followed by the Socialist Party from its origins and onwards in order to visualize the rupture, carried out by the “renovation” and supported by the European Social Democracy. The main conclusion obtained by this procedure was that more than a renewal, the Socialist Party experienced an identity change.

Key words: renovation, defeat, change of identity, Social Democracy.

* Doctor en Estudios Americanos por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Profesor titular del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Correo electrónico: lcorvala@hotmail.com

Introducción

Durante la dictadura cívico militar, particularmente cuando se evidenció que no sería pasajera, y que el triunfo del capitalismo era claro, no solo en el país sino también en todo el mundo, se empezaron a producir en ciertos sectores de la izquierda chilena considerables reformulaciones ideológicas y políticas. Estas se hicieron visibles ya durante la segunda mitad de la década de los setenta. A la fecha, en efecto, comenzaron a derrumbarse una serie de paradigmas ideológicos y políticos en torno a los cuales por largo tiempo se conformaron segmentos muy importantes de la izquierda local. Si bien el fenómeno se dio entre distintos sectores de la misma, su epicentro estuvo en el Partido Socialista (PS), y fue rotulado con el término de “renovación”. A través de ésta se constituyó lo que entonces pasó a denominarse como “izquierda renovada”, la que se transformó en un nuevo referente político en el país. No está demás señalar que la mayoría de sus miembros durante la Unidad Popular (UP) habían pertenecido al “Polo revolucionario,” el que por entonces acusara a Salvador Allende de “socialdemócrata” y “reformista”.

A partir de lo dicho, este artículo tiene como objetivo proponer una interpretación de lo que al interior del Partido Socialista de Chile, y de otros sectores de la izquierda chilena, fuera denominado “renovación”. Este fenómeno, ha sido clave en la historia política chilena de los últimos 35 años, sin el cual difícilmente se entiende el tipo de transición a la democracia que experimentó el país desde fines de los ochenta en adelante, ni el tipo de proyecto que a través de ella se consolidó, esto es, el modelo neoliberal, aunque con las adaptaciones necesarias a los fines de darle gobernabilidad en las nuevas condiciones.

Sobre la renovación de la izquierda se ha escrito mucho, sobre todo por sus partícipes. También desde la academia se ha reflexionado sobre el tema, aunque normalmente por autores provenientes de la misma tradición. Entre los partícipes de la renovación destaca el texto de Arrate (1987), uno de sus principales ideólogos. Para él la “renovación” consistió esencialmente en una recuperación de ciertos elementos fundantes del PS, cuestión que el partido se habría visto obligado a hacer ante la derrota que experimentara en 1973. Fue frente a esa derrota que, dice Arrate, renunciando a ciertas certezas adquiridas con posterioridad, el PS habría debido “buscar en su tradición nuevos derroteros” que le permitieran “proyectarse hacia adelante” (p. 5). La renovación no tendría, pues, -agrega- un carácter fundacional. Lejos de ello, tendría “una indispensable dimensión de rescate” (p. 114). Lo que se rescataría sería precisamente la democracia entendida como un logro histórico y “un patrimonio popular” irrenunciable. Sería dentro de ella que, dejando de lado las antiguas identificaciones de clase, el PS debía ahora luchar “por la profundización de las libertades y la progresiva eliminación de todas las opresiones” (Arrate e Hidalgo, 1989, p. 107).

Moyano (2013), a diferencia de Arrate, no conceptúa la renovación como un rescate de una tradición partidaria. Tiende más bien a subrayar el carácter fundante que tendría. Sostiene, en efecto, que constituiría la respuesta ideológica y cultural de un sector de la izquierda a la profunda transformación de la experiencia militante generada como producto del golpe de Estado de 1973. Esa respuesta ideológica implicaría antes que nada un ajuste de cuentas con los referentes teóricos e ideológicos que la izquierda había utilizado para fundar su práctica política. “Ello necesariamente conduciría a la refundación de esta última.” (p. 174).

Valenzuela (2014), por su parte, más que de una “renovación” en el PS y en otros sectores de la izquierda, habla de “la transformación integral de una elite” (p. 11). En este sentido, se refiere sobre todo, pero no exclusivamente, al PS a cuyas cúpulas conceptúa como una instancia elitaria. Bajo estos supuestos Valenzuela sostiene que “las elites socialistas han sido siempre de extracción burguesa y universitaria en un partido pluriclasista que en 1973 se definía esencialmente como proletario” (p. 118). A esto último sería a lo que, como producto del golpe del 11 de septiembre, la

colectividad renunciaría, manteniendo su carácter de elite. Es bajo tales supuestos que, al abordar el tema, Valenzuela se refiere a “la transformación político-cultural de una elite que en su derrota se abre a nuevos referentes” (p. 15). Tales referentes, por otra parte, serían los de los triunfadores del 11 de septiembre.

Por nuestra parte, nos preguntamos si el arriba mencionado proceso experimentado por el PS y otros sectores de la izquierda chilena fue realmente una renovación o más bien consistió en un cambio de identidad; ¿Qué rupturas ideológicas y políticas supuso y cómo influyó en ellas la socialdemocracia europea?; ¿Cuáles fueron los contextos de esa transformación ideológica y política?

Las hipótesis que frente a estas preguntas nos planteamos sostienen que:

- El proceso experimentado por el PS y otros sectores de la izquierda chilena desde fines de los setenta en adelante no constituyó una renovación sino un cambio de identidad.
- Que ese cambio supuso una ruptura con la original identidad clasista, revolucionaria, marxista y anti capitalista del PS.
- Que, aparte del impacto de la derrota, ese cambio operó bajo una fuerte influencia de la socialdemocracia europea, de la cual la colectividad recibió un activo apoyo, no solo en lo ideológico, sino también en lo financiero.
- Que el proceso conducente a redefinir las identidades de este sector de la izquierda chilena comenzó sólo cuando sus líderes, sobre todo desde el exilio, constataron la radicalidad de la derrota que experimentarían en 1973, redefinición que fue recorriendo etapas, consolidándose durante la segunda mitad de los ochenta ante la perspectiva de una “transición a la democracia” en la que a esta izquierda, ya metamorfoseada, le corresponderá un rol importante.

A los efectos de argumentar las mencionadas hipótesis procederemos a hacer una historización de la trayectoria del PS. A través de ella visualizaremos las anteriores identidades políticas e ideológicas del partido, con su respectivo desarrollo, lo que desembocará en el cuestionamiento de las mismas, cosa que se verificó luego del golpe del 11 de septiembre, con la correspondiente configuración de una nueva identidad, aspecto este último en el que incluiremos a otros sectores de la izquierda que experimentaron procesos análogos.

1. Antecedentes históricos

1.1. El Partido Socialista

El Partido Socialista (PS) nació en 1933 en el contexto de una profunda crisis nacional e internacional del capitalismo, y dentro de un ambiente, interno y externo, caracterizado por la creencia de que este sistema estaba definitivamente agotado y que, por tanto, era necesario reemplazarlo. En la formación de la colectividad convergieron diversos sectores intelectuales, de capas medias y populares, los que en medio de la crisis buscaban una salida radical a la situación existente.

Desde el punto de vista ideológico concurrieron en el PS corrientes diversas, que incluían sectores marxistas, laico-racionalistas, masones, populistas –especialmente en la versión latinoamericanista propugnada por la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), así como también elementos portadores de cierta tradición anarquista y trotskista. La heterogeneidad sociológica e ideológica del partido, más la influencia de los liderazgos carismáticos y personales en su seno, tendieron a estimular desde sus comienzos un recurrente fraccionalismo y una notoria debilidad orgánica, influida en buena medida por el gran peso de su estructura informal, de los agrupamientos espontáneos basados en afinidades y preeminencias personales o en la amistad, conformándose tempranamente un sistema de grupos que se activaban principalmente durante las elecciones, congresos y actividades semejantes, pugnando por sus respectivas posiciones.

Esta diversidad hizo muy receptivo al partido a diversas corrientes de pensamiento existente en la izquierda mundial. En lo internacional el PS surgió cuestionando al estalinismo, a los métodos y al tipo de sociedad que se instauraba en la URSS, a la par que rechazaba la adscripción a internacionales. Bajo este concepto, muy influenciado por cierto nacionalismo y por las concepciones de Haya de la Torre, el PS criticó tanto a la Internacional Socialista como a la Comunista, acusándolas de propiciar soluciones ajenas a las realidades de nuestros países.

Entre 1933 y 1938 podríamos situar un primer periodo en la historia del PS, caracterizado por su rápido crecimiento y por la definición de su inicial credo ideológico. Fue entonces cuando elaboró su Declaración de Principios en el que dijo adherirse a un marxismo entendido como un método de interpretación de la realidad enriquecido y corregido por los aportes científicos y por el devenir social. A la par, la declaración caracterizó a la sociedad capitalista señalando que su esencia consistía en que “una clase se ha apropiado de los medios de producción...” explotándolos “en su beneficio”, mientras que, por otra parte, existiría “otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario”. Ante ello, la Declaración de Principios propugnaba la instauración en el país de “un régimen socialista en el que la propiedad privada de los medios de producción se transforme en colectiva...” Junto con ello la Declaración de Principios sostuvo que “en el proceso de transformación total del sistema capitalista era necesaria una dictadura de trabajadores organizados”, con lo cual explícitamente negaba las posibilidades de una transformación evolutiva (Partido Socialista, 1933, p. 1).

En resumen, en su Declaración de Principios el PS asumió una identidad que partía de la comprensión del socialismo como una sociedad que se definía a partir de específicas relaciones de propiedad sobre los medios de producción, a la que se llegaría a través de una revolución (entendida como conquista del poder del Estado), por parte de sujetos clasistas (los trabajadores).

Entre 1938 y 1954 es posible distinguir un segundo gran periodo en la historia del PS, caracterizado por el estancamiento electoral de la colectividad, la apertura de sucesivas crisis internas con no pocas escisiones, en buena parte derivadas de las polémicas entre “colaboracionistas” y “anti colaboracionistas,” las que sobre todo se verificaron durante los gobiernos radicales. En tales debates tendieron a predominar los colaboracionistas, reflejando ciertas tendencias mesocráticas que siempre acompañaron a la historia del partido. Durante este lapso ello se manifestó en la inserción pragmática del PS en algunos gobiernos, dando lugar a un desperfilamiento de su inicial mística e identidad contestataria y alternativista. Este periodo también se caracterizó por el desarrollo de agudas polémicas con el PC, en gran medida en torno a problemas internacionales.

Un intento por resolver este desperfilamiento y crisis del partido lo constituyó el programa de 1947, cuya fundamentación fuera redactada por Eugenio González. Este documento definió al PS como revolucionario y reiteró que su objetivo era anticapitalista, lo que suponía –dijo– cambiar radicalmente las relaciones de propiedad y de trabajo, cuestión que debía dar lugar a “una reconstrucción completa del orden social” (Jobet, 1971, p. 209). Así mismo, Eugenio González vinculó el marxismo con el proletariado moderno, manteniendo de tal modo el concepto de sujetos clasistas del cambio.

Pese a este esfuerzo, la crisis del PS, lejos de resolverse, continuó ahondándose. Fue así como pronto se llegaría a una nueva escisión, lo que ocurrió cuando el grueso de la colectividad, que conformó el PS Popular, apoyó al ex dictador Carlos Ibáñez del Campo en las elecciones presidenciales de 1952, mientras que un sector minoritario, que formó el PS de Chile, se alineó junto al PC, levantando la primera candidatura de Salvador Allende.

El fracaso de la política de apoyo al gobierno de Carlos Ibáñez cerró este periodo y dio paso a nuevas definiciones partidarias que en cierto modo implicaron salir de la crisis. Ello se verificó mediante un

fuerte proceso de radicalización que se produjo entre 1954 y 1973 –conformando un tercer periodo en la historia del PS–, el que comenzó con una drástica crítica al “colaboracionismo”, definido como el culpable de la crisis del partido. En su lugar se postuló la tesis del Frente de Trabajadores y se asumió la perspectiva de una revolución caracterizada desde ya como socialista, cuyas fuerzas motrices estarían conformadas por obreros, campesinos y sectores modestos de la población, cuya otra cara fue el rechazo de toda alianza con grupos o partidos burgueses.

Bajo esta lógica se llevó a cabo un acercamiento al PC, cuya expresión fundamental fue la creación en 1956 del Frente de Acción Popular (FRAP). Al año siguiente se verificó la unificación del PS, que se hallaba dividido desde fines de la década de los cuarenta. Tal unificación se hizo sobre la base de una concepción clasista y en la perspectiva del “derrocamiento del régimen capitalista.” En los años siguientes se empezaría a sentir en el seno de la colectividad una intensa influencia de la revolución cubana.

Dentro de este contexto, el PS empezó a ver en la institucionalidad vigente un obstáculo para los cambios, acusándola de favorecer a las fuerzas sociales regresivas, tal y como se indica en el voto político del XVII Congreso General Ordinario del PS. Esta tendencia se vio fortalecida luego de las elecciones presidenciales de 1964 cuando, -luego de la derrota de Salvador Allende apoyado por el FRAP-, en el Congreso de Linares, celebrado en julio de 1965, la colectividad consideró que el revés electoral de la izquierda en las presidenciales de 1964 se debió a la no conducción de la lucha social hacia un enfrentamiento decisivo de clases y a su orientación exclusiva por la vía electoral. Luego el partido se proclamó explícitamente como una organización marxista leninista.

Esta evolución encontró su punto culminante en el Congreso de Chillán en 1967 (citado por Correa, et al., 2001), el cual aprobó un voto político en el que se establecía lo siguiente:

El Partido Socialista como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado revolucionario que libere a Chile de la dependencia y el retraso económico y cultural e inicie la construcción del socialismo. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma de poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Las formas pacíficas o legales de lucha...no conducen por sí mismas al poder. El PS las considera como instrumentos limitados de acción incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada (p. 312).

Durante el gobierno de la UP el PS se mantuvo en posiciones radicales, lideradas por Carlos Altamirano. Entonces, el partido pasó a formar parte del “Polo Revolucionario”, partidario de resolver la pugna política mediante la conformación de un Poder Popular paralelo e independiente del Estado burgués, en base al cual, luego de un “enfrentamiento decisivo de clases,” que sería violento, se debía resolver el problema del poder para solo entonces iniciar la construcción del socialismo. En este sentido, dentro de la UP la colectividad chocará constantemente con las posiciones gradualistas e institucionales postuladas por Salvador Allende y el PC.

2. La crisis (1973-1979)

Con el golpe militar de septiembre de 1973 se abrió un periodo de profunda crisis en la izquierda chilena, la que se manifestó con mayor fuerza entre los sectores que posteriormente darán origen a la “renovación socialista”, como fuera el caso del PS, los dos sectores en que se dividió el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), la Izquierda Cristiana (IC) y sectores intelectuales vinculados a ellos, entre otros.

El PS fue el lugar clave de las transformaciones que se produjeron en la izquierda. Entre 1973 y 1979 en su seno se verificaron agudas tensiones que culminarán en una gran escisión y se manifestaron a través de una serie de problemas, pugnas y debates que podrían resumirse así:

- La crisis orgánica de la colectividad, con su correspondiente fraccionamiento político y organizativo y su correlativa pugna por la reconstituir los liderazgos partidarios.
- La discusión sobre las causas de la derrota de 1973.
- El debate sobre la socialdemocracia.
- La discusión sobre el socialismo real.
- La disputa sobre la concepción del partido.

Las discusiones verificadas en torno a estos tópicos se tradujeron gradualmente en una crisis de identidad partidaria, la que dará lugar a lo que será denominado renovación teórica y política. Respecto a la primera problemática planteada (reconstrucción política y orgánica del partido), luego del golpe militar se verificó una temprana escisión factual de la colectividad. Por una parte, el Comité Central trabajosamente se reconstituyó bajo la dirección de Carlos Lorca y Exequiel Ponce, logrando funcionar en el interior del país. Al mismo tiempo, se creó un secretariado exterior bajo la responsabilidad de Carlos Altamirano. Sin embargo, ni este secretariado ni el Comité Central fueron reconocidos por todos los militantes y dirigentes. En consecuencia, se fueron constituyendo diversas fracciones autónomamente organizadas que intentaron disputar la dirección partidaria. Tal fue el caso de la Coordinadora Nacional de Regionales. Más tarde se formarán como fracciones separadas y autónomamente organizadas, el grupo “La Chispa” (MR-2) y los “militantes rojos”, más conocidos como “grupo consenso”. También debe señalarse la posterior constitución de la fracción denominada Movimiento al Socialismo-Unión Socialista Popular (MAS-USOPO). De tal modo, ya antes de la gran escisión de 1979 el PS se hallaba profundamente dividido expresando con ello una situación de evidente crisis.

Entrelazada con las pugnas por la reconstitución de los liderazgos partidarios, y como parte integrante de ellas, se verificó la discusión sobre las causas de la derrota y sobre la estrategia a seguir. Al respecto, bajo la inspiración de Lorca y Ponce, el Comité Central emitió el Documento de marzo de 1974, el cual sostuvo que las causas de la derrota habían residido en la ausencia de una real unidad socialista-comunista y en que ninguno de los partidos obreros fue capaz de darle una conducción única a la izquierda y resolver el problema de unir a todo el pueblo...para hacer así posible la hegemonía de la clase obrera dentro del movimiento popular. El documento de marzo, además, sostuvo que el predominio de militantes de origen pequeño-burgués en la dirigencia del PS determinó que éste, durante la UP, se convirtiera en gran medida, en el portador de la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la conducción del proceso.

De acuerdo con tal diagnóstico, el documento de marzo propuso como objetivo general construir un partido homogéneo, capaz de ser “la fuerza dirigente de la revolución” con “ideología proletaria”, basado en el marxismo-leninismo y depurado de los elementos fraccionalistas. Al mismo tiempo diseñó una estrategia cuya finalidad era el “derrocamiento de la dictadura militar y la destrucción del Estado fascista, para lo cual propugnó la creación de un Frente Antifascista en el cual las fuerzas populares pudieran desarrollar su hegemonía a fin de enlazar la lucha por la democracia con una perspectiva socialista.

Por su parte, Carlos Altamirano, desde el exterior, hizo su propio diagnóstico. En su libro *Dialéctica de una derrota* (1977), Altamirano sostuvo que la causa principal del fracaso de la UP había residido en la incapacidad de sus partidos miembros para prever que el desenlace del conflicto verificado entre 1970 y 1973 tenía que producirse inevitablemente por vía armada, incomprensión que les habría impedido defender militarmente el proceso. A partir de estas afirmaciones, Altamirano propuso una

“estrategia de poder” orientada hacia una revolución de carácter socialista por vía armada, la que estaría precedida por una fase previa consistente en la lucha por destruir al fascismo. En función de esto último propuso una “alianza táctica” entre la izquierda y la Democracia Cristiana (DC), distinguiéndola de la alianza estratégica, conformada por las fuerzas de izquierda, cuyo núcleo sería la unidad entre el PC y el PS, definida como expresión política de la unidad de la clase obrera (Altamirano, 1977). Sin embargo, a diferencia del documento de marzo, el análisis de Altamirano no llevó a cabo una autocrítica partidaria.

Los grupos socialistas más radicalizados, especialmente “La Chispa” y “Consenso”, hicieron su propio análisis responsabilizando del desenlace de septiembre de 1973 a lo que calificaron como la dirección reformista de la UP y del propio PS. Simultáneamente, definieron como oportunista la posición del Comité Central dirigido por Carlos Lorca y Exequiel Ponce. Ello en razón de la alianza táctica que proponía con la DC, lo que, a juicio de esos grupos radicalizados, sólo serviría para avanzar hacia la modificación de la forma de dominación de la burguesía y, en consecuencia, no conduciría a la liquidación del capitalismo. Tal cosa, en su opinión, permitiría calificar a la posición del Comité Central como “reformista”.

Entre grupos socialistas menos estructurados hubo otros diagnósticos. Estos se caracterizaron por ver en la radicalidad del proceso impulsado por la UP la causa de la derrota, especialmente en tanto que no habría permitido concitar alianzas más amplias, básicamente con el centro, para así hacer efectivo un proceso que debió ser más gradual. Consecuente con este punto de vista, tales grupos, en lo referente a la estrategia a adoptar, enfatizaron en la recuperación de la democracia, a cuyos efectos propusieron una alianza con el centro, particularmente con la DC.

En cuanto a las polémicas sobre la socialdemocracia y el socialismo real, hay que decir que ellas en buena medida estuvieron impactadas por las experiencias del exilio partidario. Este recibió una activa solidaridad tanto de la socialdemocracia europea como de los países del socialismo real, lo cual trajo consecuencias políticas e ideológicas. En este contexto, en el PS se dio una temprana polémica en torno a la socialdemocracia, motivada por la comprobación de la influencia que ella estaba ejerciendo sobre ciertos militantes y dirigentes exiliados. Al respecto se empezó a hablar de “el surgimiento de una tendencia de derecha en el partido”. Paradójicamente, en principio fue el propio secretariado exterior el que colocó esta temática sobre la mesa. La dirección interior también la asumió, especialmente entre 1977 y 1978. Fue así como el Boletín del Comité Central de octubre de 1978 estuvo dedicado casi enteramente al tema (Partido Socialista, 1978). La iniciativa representó un intento por impedir la influencia de la socialdemocracia al interior del PS y por mantener la identidad radicalizada del partido.

En cuanto al socialismo real, el impacto principal al interior del PS fue motivado por el conocimiento de sus realidades empíricas. Muchos dirigentes socialistas habían establecido su residencia en esos países. Sin ir más lejos, el Secretariado Exterior del partido funcionó durante varios años en Berlín Oriental. La crisis de la URSS, -sumida ya en el estancamiento breshneviano-, y de los otros países del “socialismo real”, con todas las limitaciones que eran inherentes a su concepción centralista y autoritaria, representó un papel importante en la evolución ideológica de determinados dirigentes socialistas, muchos de los cuales concluyeron en que los paradigmas de socialismo profesados por la izquierda chilena eran insostenibles. Una de las cuestiones más importantes que suscitó el conocimiento de los países del socialismo real fue la referente a la relación entre democracia y socialismo. El debate concluyó en la necesidad de llevar a cabo reformulaciones ideológicas de fondo.

Paralelamente en Europa se producía el alza de los socialismos mediterráneos, que parecían representar una alternativa progresista, viable y atractiva, tanto en lo referente a la superación de

ciertas dictaduras (casos de Portugal, Grecia y España), como en lo relacionado con la democratización de la sociedad, como parecía ser el caso de la Francia de Mitterand. Al mismo tiempo, se verificaba una eclosión de diversos movimientos –pacifistas, ecologistas, juveniles, entre otros- los que, junto con manifestarse como fuerzas críticas al orden existente, aparecían muy distanciadas e igualmente críticas de las realidades de los países del socialismo real. Entonces, entre sectores importantes de la intelectualidad chilena, con fuerza se empezó a plantear la temática de la crisis del marxismo y la búsqueda de soluciones alternativas, expresadas en las más diversas elaboraciones teóricas y corrientes de pensamiento (posmodernismo, basismo, ecologismo, verdes, entre otros). Todo ello, no podía dejar indiferente a la dirigencia del PS, que se había caracterizado desde sus orígenes por su facilidad para recepcionar las diferentes corrientes de pensamiento de la izquierda mundial. Ello se manifestó mediante una gradual revalorización de la socialdemocracia y la recepción de algunos de sus elementos ideológicos, ocurriendo algo similar respecto del eurocomunismo y otras tendencias entonces en boga. A lo señalado hay que sumar los cambios que en Chile se produjeron como resultado de la refundación capitalista operada por la dictadura.

El conjunto de lo dicho condujo a muchos dirigentes socialistas en el exilio a “la revisión del concepto de unidad de la izquierda fundada en el eje de fuerzas constituido por los partidos Socialista y Comunista” (Arrate, 1987, p. 103). Esos dirigentes dijeron que el PC parecía vinculado a un proyecto tipo socialismo real y a todo aquello que parecía estar en crisis. Aquí se ubica un momento de inflexión en la visión de ciertos dirigentes socialistas, la cual ciertamente no estaba desligada de las nuevas relaciones políticas internacionales que el PS había venido estableciendo. En estrecha relación con la problemática anterior, gradualmente se fue manifestando otra. A saber, la relacionada con la concepción del partido. Por un lado, estaba la tesis sostenida por el Documento de marzo de 1974, la que, según viéramos, postulaba una concepción leninista, es decir, un partido de clase, homogéneo y con capacidad para la unidad de acción, cuyo aliado natural debía ser el PC. Esta era la concepción que formalmente sostenía el Comité Central. Sin embargo, cada vez más resultó no ser compartida por toda la colectividad. Diversos sectores la rechazaron por considerarla “aparataista”, burocrática e incluso estalinista. Se la veía como funcional a un tipo de socialismo autoritario y como la expresión de la influencia del PC en el PS.

En contraposición, pasó a postularse un concepto de partido un tanto laxo, conformado por distintas corrientes capaces de llegar constantemente a consenso, partido que debía integrar en su seno a diversos sectores progresistas y avanzados, a la vez que debía relacionarse de manera nueva con los movimientos sociales, haciendo suyas muchas de sus demandas, reivindicando su autonomía respecto de los partidos, particularmente de los de izquierda. De algún modo Carlos Altamirano empezó a perfilar y liderar este punto de vista, el que en el fondo iba vinculado a un todavía difuso nuevo proyecto político que, enfatizando la relación entre democracia y socialismo, tendería a buscar alianzas con el centro y a romper el eje con el PC. Todo esto en el contexto de una fragmentación orgánica no solo entre las facciones arriba indicadas, sino también entre cada una de ellas y la base militante.

2.1. Evolución y elaboración de determinados intelectuales de izquierda

La crisis de 1973 repercutió sensiblemente en la intelectualidad de izquierda, muchos de cuyos representantes terminaron abandonando sus partidos de origen para pasar a analizar a título de independientes las causas de la derrota. El núcleo más importante de ellos se radicó en determinados institutos, los que -ante la intervención de las universidades por la dictadura militar-, les permitieron, con apoyo financiero externo, una actividad académica alternativa.

Entre las tesis más importantes a las que dichos intelectuales avanzaron, podemos destacar las siguientes:

- La UP fue derrotada por su incapacidad para generar una mayoría social y política en su favor.
- Ello, a su vez, habría sido el resultado de una visión teórica que ponía el acento en la conquista del poder total, desvalorizando en los hechos a la democracia, la que era concebida como un mero campo de acumulación de fuerza.
- Lo anterior, por otra parte, sería el producto de un tipo de marxismo predominante en la izquierda chilena, basado en paradigmas que no daban cuenta de la realidad nacional, de donde necesariamente tenía que producirse un desencuentro entre la teoría de la izquierda y las realidades del país.
- Es necesario prescindir de los marxismos en uso en la izquierda puesto que ellos no permitirían articular socialismo y democracia ni, por tanto, hacer posible constituir una base social suficientemente amplia para luchar por la reconstrucción democrática.

Tales puntos de vista en el fondo representaban una inconsciente crítica a planteamientos que no eran del conjunto de la izquierda, sino de un sector suyo, cuyo núcleo era la pequeña burguesía radicalizada, la que durante la UP se agrupara en el “polo revolucionario”, del que los renovados en gran medida provenían. Esto significa que estos últimos no atribuían las ideas que criticaban a quienes realmente las habían profesado –que eran ellos mismos- y que, con efectos desastrosos, intentarían llevarlas a la práctica. Lejos de ello, las atribuían a la generalidad de la izquierda la que, en su conjunto, nunca las compartió. Tal fue, en primer término, el caso de Salvador Allende con su inédita vía chilena al socialismo, la cual fuera respaldada por los partidos de polo gradualista e institucional de la UP, a los que los renovados, cuando todavía formaban parte de la izquierda más radical, habían calificado como “reformistas.”

Las críticas y redefiniciones anteriormente referidas reflejan una cuestión notable. Primero, que se estaba produciendo entre los “renovados” una crisis de identidad en la medida en que no se sentían ya representados con lo que hasta entonces habían sido. Y segundo, como resultado de lo anterior, se evidenciaba que se estaba verificando un gradual cambio de problemática en su reflexión, el que consistió en un reemplazo de los temas de la revolución y el socialismo -de los cuales antaño se mostraran partidarios intransigentes y dueños absolutos-, por los de la recuperación de la democracia sobre bases capitalistas, cambios que a la larga vendrá a ser el reflejo de sus intereses corporativos.

2.2. Evolución de la izquierda surgida en los sesenta

Después del golpe algunos sectores de la izquierda, -especialmente el MAPU Garretón- mantuvieron la radicalización que los caracterizara durante el gobierno de Salvador Allende. Sin embargo, en años posteriores empezó a manifestarse en ellos cierto cambio derivado de la constatación que empezaron a hacer sobre el carácter refundacional de la dictadura militar, en cuya ejecutoria vieron un proyecto integral de largo plazo, cuestión sobre la cual también habían discurrido algunos de los intelectuales arriba señalados.

En la medida en que el proyecto neoliberal se implantaba, tales sectores pasaron a poner como tema de discusión el problema de repensar el proyecto de la izquierda, bajo el supuesto de que las tesis que la caracterizaran ya no se avenían con la surgente nueva realidad. De tal manera se planteó la problemática sobre la necesidad de renovar programática, conceptual y orgánicamente a la izquierda. Ello, a su vez, fue concebido como una necesaria respuesta a lo que calificaron era su crisis. Dicha temática de crisis y renovación no dejará de tomar fuerza entre los intelectuales del sector.

En este marco lleno de cuestionamientos y de crisis de las certezas anteriores, se insertó, con abundante financiamiento, la intervención de la social democracia europea, la cual se esforzará por cooptar a la izquierda chilena, con la excepción del PC, al que buscaba aislar. Fue así como, a comienzos de

1979, bajo la convocatoria del senador socialista italiano Lelio Basso y organizado principalmente por Raúl Ampuero, se realizó en Italia el seminario de Ariccia I, el cual se propuso reagrupar a lo que se denominó “vertiente socialista” de la izquierda chilena, con el fin de modificarla y renovarla desde adentro.

La tesis central de todo el proyecto consistía en sostener la existencia de dos áreas o vertientes en la izquierda, la socialista y la comunista. La primera –en la argumentación de Raúl Ampuero– fue caracterizada como “democrática, nacional y autónoma”, cuyas expresiones políticas serían el PS y las organizaciones de izquierda surgidas durante los sesenta, esto es, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), la Izquierda Cristiana (IC), e incluso el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La otra área, expresada en el PC, fue definida por Ampuero como originada a partir de la revolución rusa y vinculada a la política del Estado soviético. El objetivo del seminario, consistía en superar la dispersión del área socialista y producir su convergencia en la perspectiva de crear un nuevo sujeto político capaz de conducir a la izquierda.

La condición para ello residía en el rescate de la coherencia ideológica de esta área, entendiéndose por tal la prescindencia de una serie de concepciones que se suponía eran el producto de la influencia de la “vertiente comunista”, como el leninismo, la adhesión a ciertos paradigmas del socialismo real y la propia radicalización política tan propia de los sesenta. Todo esto, en la lógica de Ampuero, era a la vez un componente de la subordinación del área socialista a la comunista, con la respectiva pérdida de identidad que ello significaba para la primera. Aquí residía, en su opinión, la causa de su crisis y fraccionamiento. Ahora se trataba de revertir el fenómeno y perfilar una convergencia socialista capaz de fundir sus diversas expresiones políticas en una fuerza común cuya identidad solo podría reperfilarse deslindándose del PC y redefiniendo las relaciones con él, lo cual, a su vez, era entendido como un retorno a las fuentes tradicionales y propias.

No obstante, para Ampuero no se trataba tan solo de recuperar la herencia histórica socialista, sino también de avanzar hacia su renovación, incorporando los aportes de los nuevos sectores de la izquierda, cristianos y otros, provocando una síntesis entre tradición y renovación. A Ampuero le correspondió un relevante aporte en la elaboración de la tesis sobre las “dos izquierdas”, mientras que el Seminario de Ariccia fue una instancia para su socialización.

3. La división del Partido Socialista el proceso de convergencia y renovación (1979-1983)

En abril de 1979 el conjunto de crisis que por años se había incubado al interior del PS estalló violentamente e irradió a gran parte de la izquierda. El cuestionamiento de la identidad marxista leninista de la colectividad y su definición revolucionaria en el sentido tradicional del término, fue decididamente rechazado por un sector encabezado por Clodomiro Almeyda, apoyado por la dirección interior. Este sector, en sus orígenes claramente mayoritario, al menos dentro del país, reivindicó la definición marxista-leninista del partido, la unidad comunista-socialista y los planteamientos elaborados por los plenos del Comité Central remontables al Documento de marzo de 1974. En una posición distinta figuraban los sectores que asumían la “renovación”. El secretario general del partido, Carlos Altamirano, intentando apoyarse en la Social Democracia internacional, apareció como líder de esta posición, adhiriendo a la idea sobre la convergencia de la “vertiente socialista”. El resultado fue la gran escisión orgánica y política de 1979.

En la lógica de las posiciones sostenidas por el Secretario General del partido, Carlos Altamirano, así como también entre quienes lo apoyaban (Jorge Arrate, Ricardo Núñez, entre otros) existía un proyecto político distinto, pero que todavía no se perfilaba con claridad. Convergiendo con sectores de la izquierda que habían asumido la problemática de la renovación, este sector entrará en un proceso de búsquedas y redefiniciones. En tal proceso es posible distinguir dos movimientos paralelos

íntimamente vinculados: uno orgánico y otro ideológico-político. El primero se traducirá, cuatro años después, en la conformación del PS de Chile –primero llamado de Briones, luego de Núñez y finalmente de Arrate- el que enfrentará al llamado PS de Almeyda. Esto sin perjuicio de la eclosión de innumerables agrupaciones socialistas menores que a la larga se irán plegando al sector “renovado” del partido. El segundo movimiento culminará en la conformación de un proyecto que prescindirá de la originaria identidad anticapitalista del socialismo chileno.

3.1. El financiamiento europeo de la renovación

El proceso ideológico y político arriba descrito se incubó con especial fuerza en Europa, prendiendo primeramente entre muchos dirigentes exiliados, sobre todo del PS y del MAPU. Desde muy temprano tales procesos recibieron un considerable respaldo financiero por parte de la socialdemocracia del viejo continente, entonces empeñada en una operación cooptativa mayor, de la cual el financiamiento era un factor relevante. Para abordar el punto nos apoyamos en el texto de Valenzuela, *La conversión de los socialistas chilenos* (2014).

Valenzuela se refiere a los vínculos que los dirigentes exiliados establecieron con distintos partidos socialdemócratas, sobre todo gobernantes, con cuyo apoyo no solo pudieron sobrevivir personalmente, sino también llevar a cabo su actividad política e ideológica. Valenzuela, a modo de ejemplo, se refiere a varios casos. Así, sostiene que “con la llegada de los socialistas españoles al poder en 1981..., se articuló en España una serie de grupos socialistas (chilenos) de origen histórico... Trabajaron en el gobierno español, universidades y centros de estudio” (p.86). Prontamente, dice Valenzuela, ellos “se convirtieron en paladines de la renovación y de las posturas socialdemócratas... De allí provino Erich Schnacke, junto a Alejandro Jiliberto, entre otros” (p. 86). Valenzuela agrega que en menor medida hubo influencia estructurada de personas vinculadas a la socialdemocracia sueca, mientras que en Alemania los intelectuales y dirigentes socialistas chilenos contaron con el apoyo de diversas redes del Partido Social Demócrata Alemán (PSDA). En el caso de América Latina, hubo grupos socialistas significativos que recibieron la ayuda de gobiernos vinculados a la Internacional Socialista, como fuera el de Venezuela (donde se radicaran Aniceto Rodríguez y Sergio Bitar), Costa Rica (cuyas universidades acogieron a muchos chilenos) y México (donde en la Universidad pública se concentraron debates entre grupos ortodoxos y renovadores), al tiempo que en Caracas se editaba la revista *Nueva Sociedad*, con el apoyo financiero de la Fundación Ebert, de corte socialista democrático (p. 76).

El respaldo económico de la socialdemocracia europea no se limitaba a los exiliados, también llegaba a Chile. Ello, dice Valenzuela, a través de ONG y centros académicos, los que con esos recursos ejecutaban proyectos de investigación pequeños o medianos. Hubo centros, agrega, “financiados por partidos socialistas de distinta filiación” (p. 76). Además, los intelectuales que se desempeñaban en ellos contribuyeron activamente a elaborar las concepciones “renovadas”. Entre tales centros destaca la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), la cual, según Valenzuela, durante la dictadura recibió apoyo financiero clave a través de la Fundación Ford. Otro centro importante fue SUR Consultores, que agrupó a sociólogos influenciados por Alain Turaine, de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, cuya temática fundamental era la “integración social.” Dentro de esta línea destacaron Eugenio Tironi, Eduardo Valenzuela, Javier Martínez y Vicente Espinoza, entre otros.

Si bien el señalado financiamiento era recibido en el país por instituciones, éstas, según Valenzuela, se hallaban vinculadas a los liderazgos de determinadas personalidades y dirigentes, por cuya vía operaba. El siguiente cuadro grafica el punto.

Cuadro 1

Redes de influencia político-institucional en el Partido Socialista y en el Partido por la Democracia

Líderes	Tendencia	Instituciones	Financiamiento
J.A. Viera Gallo	Sector Renovado	CESOC (Centro de Estudios Sociales)	Italia
E. Correa	Mapucista	FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales)	Fundación Ford (Estados Unidos) Gobierno
J. Arrate	Arratismo en el Partido Socialista	Nuevo Chile ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales)	Suecia Holanda Francia
S. Bitar E. Schnake G. del Valle	Oficialismo del PPD (Partido por la Democracia)	PRED Asesorías (Premio de Reconocimiento de Excelencia Docente)	España Italia Suecia
R. Núñez M. Schilling	Renovados Partido Socialista	CENPROS (Centro Nacional de Promoción Social)	España Suecia
O. Puccio R. Solari G. Correa	Tercerismo Almeydista	Grupo Avance	Berlín Gobierno

Fuente: Valenzuela (2014)

Como se ve, todos los personeros señalados años después llegarían a ser importantes pro hombres de la Concertación. Se puede decir que el financiamiento que, por las vías indicadas, la socialdemocracia europea proporcionara a la “renovación” de un sector de la izquierda chilena fue fundamental en la medida en que además permitió a gran parte de los personeros que formaban las cúpulas del PS y del propio MAPU, sobrevivir y proyectar su vida luego de la catástrofe política y personal que significara el golpe. La recuperación de las perspectivas vitales que muchos de sus personeros entonces intentaban, terminó, en gran parte, asociada a esas vinculaciones internacionales, cuyas consecuencias ideológicas y políticas se evidenciaron casi de inmediato. Tal fue una de las bases objetivas de la renovación, aunque ciertamente no la única. Se puede decir, en resumen, que sin el indicado apoyo de la socialdemocracia europea –que en todo caso fue multifacético- tanto el movimiento orgánico como el ideológico de la renovación se hace difícilmente comprensible.

3.2 El movimiento orgánico

Luego de la división de abril de 1979, el sector de Altamirano –minoritario al interior del país- intentó enlazar con todos los grupos que se proclamaban partidarios de la renovación de la izquierda y de construir, a través de una convergencia entre ellos, una nueva fuerza socialista. En medio de un profundo proceso de discusión, entre estos sectores se conformaron grupos ad hoc muy fluidos y cambiantes. Ello se dio en el exterior y en el interior del país, prolongando aquí debates iniciados en el viejo continente. Así, al tiempo que en Europa se celebraba el segundo Seminario de Ariccia y se impulsaba el Movimiento de Convergencia Socialista, éste se reproducía en Chile donde, en Santiago, se conformó el grupo de la Convergencia Unitaria (1980). Después apareció la Convergencia Universitaria y luego el Secretariado por la Convergencia Socialista, con participación de representantes de las direcciones de ambos MAPU, la Izquierda Cristiana (IC) y algunos socialistas

altamiranistas. En 1981 se creó un grupo de intelectuales, con y sin partido, que se autodenominaron “Convergencia Socialista”, mientras que proliferaban grupos menores del dividido PS (los “Suizos”, “XXIV Congreso”, “Humanistas”, “MAS-USOPO”, entre otros).

En septiembre de 1981 una gran cantidad de estos grupos, todos ellos “renovados”, constituyeron el Comité de Enlace Permanente, cuya perspectiva era la reunificación socialista. En septiembre de 1982 se celebró en Francia el Seminario de Chantilly, que implicó un salto en el perfilamiento político-ideológico de la renovación, en donde participaron distintos sectores de la izquierda. En cuanto a los aspectos orgánicos, se planteó la necesidad de avanzar hacia la constitución de una nueva fuerza socialista que involucrara al “tronco histórico” del PS y a los sectores de izquierda surgidos en los años sesenta y setenta (ambos MAPUs y la IC). Con posterioridad al inicio de las protestas nacionales (mayo de 1983), el mencionado Comité de Enlace Permanente que habían formado distintos grupos socialistas, decidió transformarse en Comité Político de Unidad, el que en septiembre de ese año, se transformó en PS de Chile, confluyendo en él el Movimiento al Socialismo-Unión Socialista Popular (MAS-USOPO), el llamado “Partido Socialista XXIV Congreso”, el Grupo Convergencia 19 de abril, el PS Humanista, el grupo de los Suizos, un pequeño sector proveniente del PS de Almeyda y una serie de intelectuales independientes.

Aquellos sectores, -como MAPU y la IC-, con los cuales se pretendía avanzar hacia la constitución de una nueva fuerza socialista, quedaron por el momento fuera del PS, que entonces emergió dirigido por Carlos Briones. No obstante, tales sectores mantuvieron la vinculación con este partido, a través de una alianza denominada Bloque Socialista. Mientras tanto, los sectores del PS que no habían entrado en el proceso de renovación, dirigidos por Clodomiro Almeyda, conformaron con el PC el Movimiento Democrático Popular (MDP), que, frente a la dictadura de Pinochet propugnaba una salida rupturista a la situación política nacional, en tanto que el Bloque Socialista se inclinaba por una salida pactada en alianza con el centro.

Así, ya en 1983 emergía un nuevo actor político en la izquierda, el PS de Chile (de Briones), que se autoproclamó como la expresión política principal de la renovación socialista. En 1985 gran parte de la dirección del MAPU-OC se integró a él. Así, por otra parte, el problema de si la nueva fuerza socialista que se quería formar debía constituirse al interior de un PS renovado o bien conformando una organización distinta, empezaba a resolverse.

3.3. El movimiento ideológico

A estas alturas del proceso comenzó a perfilarse con claridad el proyecto político del cual terminó siendo portadora la renovación socialista. Dicho proyecto quedó de manifiesto en las nuevas formulaciones teóricas que la renovación asumió, las cuales contenían una ruptura con el viejo ethos revolucionario, marxista y clasista del partido, reemplazándolo por una nueva identidad. Las nuevas formulaciones que el PS de Chile asumió declaraban que perseguían articular democracia y socialismo. Ellas podrían resumirse del siguiente modo:

- Reformulación del concepto de socialismo. El socialismo dejó de ser concebido como un tipo específico de sociedad y, más bien, pasó a ser considerado –en palabras de Jorge Arrate y Paulo Hidalgo (1989)- “como un proceso social complejo de profundización y superación sucesiva de las múltiples contradicciones propias de la sociedad capitalista en una dirección crecientemente democratizadora (p.104). De acuerdo con esta conceptualización, como lo sostuviera Garretón (1987), “no hay transición de una sociedad a otra; hay transformación permanente...No hay sociedad socialista instalada, hay transformación socialista y gobierno socialista posible en un régimen de democracia política” (pp. 275, 276).

- Reemplazo de la revolución por la democratización. Si el socialismo dejaba de ser entendido como un tipo distinto y específico de sociedad que emergía negando al capitalismo y, por el contrario, pasaba a ser definido como una superación gradual y permanente de las contradicciones propias de este último, entonces ya no era necesaria la revolución. Ciertamente que en un comienzo la renovación socialista no podía deshacerse bruscamente de la idea de revolución puesto que, desde sus orígenes, ésta había sido uno de los elementos esenciales de la identidad partidaria. Por tanto, toda modificación en tal sentido debía hacerse cambiando los contenidos del concepto. Así, Arrate (1985) postuló “la redefinición de la idea revolucionaria como un continuum...” (p. 87), es decir, como una evolución, mientras que Garretón (1987) diferenció la revolución “como método” de la revolución “en cuanto idea transformadora” (p. 274). La primera, según este autor, no sería propia de la renovación, sí lo sería la segunda. Vodánovic, (1988) en cambio, con mayor radicalidad, asumió formalmente la modificación cualitativa de contenido que todo esto implicaba cuando afirmó que para el socialismo renovado las transformaciones sociales “deben adoptar la forma de procesos reformistas” (p. 64).
- Superación de la identidad clasista del partido y de los sujetos clasistas como agentes del cambio. Para “el desafío central del socialismo consistía en conquistar las grandes mayorías compuesta por todos aquellos sectores y grupos postergados por la dinámica de la sociedad capitalista.” (Arrate e Hidalgo, 1989.)
- Garretón sostuvo que, en todo caso, lo anterior no suponía establecer una identidad entre tales sectores y el PS: no hay identidad –señaló– entre el Partido Socialista como organización y el mundo social y cultural a los que ese partido convoca...”Y agregó que si bien “la referencia al mundo de los trabajadores, más aún, al mundo popular, es constitutiva de un partido socialista, ello no significa que haya que definir su identidad en la homogeneidad de una base social clasista, sino, nuevamente en la capacidad de convocatoria que tenga en el plano programático” (p. 275, 276).
- Llegaba así a su fin la originaria concepción según la cual el PS era un partido que expresaba políticamente a los trabajadores como clase, según una visión marxista clásica.
- Superación del eje comunista socialista y su reemplazo por el eje con el Partido Demócrata Cristiano (PDC). El socialismo ahora concebido no como un tipo distinto de sociedad sino como un proceso de democratización de todas las esferas de la sociedad capitalista, requería para su realización de la formación de mayorías sociales y políticas. En el caso de Chile –se agregó– antes y después de conquistar la democracia, ello suponía al menos dos cosas. Por un lado, superar el viejo esquema de los tres tercios que había caracterizado a la política nacional. Y en función de ello, llevar a cabo una confluencia estratégica entre el centro y la izquierda. Este eje de centro izquierda suponía dar por superado aquel otro formado por el PS y el PC, pues sólo así sería posible llevar a cabo una alianza –con el centro Demócrata Cristiano– capaz de formar las mayorías requeridas por los cambios.

Dicho reordenamiento de las alianzas debía hacerse –como lo dijeran Arrate e Hidalgo (1989)- reconociendo que la DC constituía “un centro político decididamente anti derechista y con una voluntad transformadora apreciable” (p. 215) mientras que correlativamente, respecto del PC, se pasaba a enfatizar “las diferencias doctrinarias... apagadas o disfrazadas muchas veces en el pasado...” (p. 210). En este contexto, por lo demás, se insertaba la tesis, que tanto intentara fundamentar el seminario de Ariccia, sobre la existencia de dos izquierdas.

En la postulada alianza con el centro, la renovación estimó que la nueva fuerza socialista no podía resultar accesoria, sino que tenía que “aspirar a una participación igualitaria y a un rol conductor en la constitución del movimiento nacional por los cambios...” (Arrate, 1985, p. 231) Esto, a su vez, demandaba urgentemente la recuperación de la unidad del PS y, aún más, la integración a él de vastos y diversos sectores progresistas (cristianos, laico-racionalistas, entre otros) dando lugar así a la conformación de una gran fuerza capaz de hegemonizar a lo que se denominó “Bloque por los cambios”, el que debería impulsar un proceso de democratización del conjunto de la sociedad chilena.

4. El triunfo de la renovación en el Partido Socialista: el Congreso de Unidad y el derrumbe de los no renovados

A fines de los ochenta, el sector renovado del PS había llegado a equilibrar a los almeydistas y políticamente los había superado. Tal situación se consolidó, marcando un inapelable triunfo. Ello, frente a un PS almeydista en disolución, se vio reforzado por una serie de fenómenos tanto internos como externos. Respecto de los primeros cabe señalar la propuesta demócrata cristiana encaminada a conformar una concertación de partidos por la democracia que permitiera una salida pactada con la dictadura militar. Esto implicaba una oferta al PS para formar parte de una futura alianza de gobierno. Paralelamente se producía el fracaso de la salida rupturista propiciada por el PC y los socialistas almeydistas. En lo externo, figuraba el apoyo norteamericano, europeo y de las internacionales más poderosas al tipo de salida pactada con la dictadura, y la crisis del socialismo real y su ulterior derrumbe, que implicó, hasta cierto punto, un cuestionamiento global de las concepciones políticas y teóricas de los almeydistas, acelerando su proceso de disolución.

En este contexto, a fines de 1989 se celebró el XXV Congreso del PS (sector renovado). Allí, junto con ratificar la necesidad de una alianza de gobierno con la democracia cristiana, se tomó una decisión de la mayor importancia práctica y simbólica: la incorporación del PS a la Internacional Socialista, -que había sido la gran financista de la renovación- dejándose de este modo atrás la definición originaria del partido de no alinearse con internacional alguna. En cuanto a la decisión de entrar a formar parte de una alianza de gobierno con la DC, el Congreso sostuvo que ello suponía para los socialistas renovados superar la división con los almeydistas reunificando así al partido

Los almeydistas, en pleno proceso de crisis política e ideológica, pronto se avendrán a la unificación con los renovados, lo que se vio estimulado, entre otros, por dos factores principales. Primero, por los resultados de las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989 que evidenciaron que -debido a la ley electoral entonces vigente, o sea, el sistema binominal-, sólo en alianza con la DC era posible obtener representación parlamentaria y participación efectiva dentro del sistema político. Y, segundo, por la crisis del PC, que mantuvo su Política de Rebelión Popular con todas las formas de lucha cuando, en un nuevo cuadro nacional, ella ya no tenía chance de éxito.

El Congreso de Unidad entre ambos sectores socialistas se verificó en 1990. En él, en función de la unidad se sortearon todos los temas que pudieran obstaculizarla. De igual modo, se distribuyeron los cargos aspirándose a que los distintos sectores quedaran representados en alguna medida. Almeyda asumió una de las vicepresidencias del partido. Otra fue asumida por Luis Maira quien, al igual como muchos personeros provenientes de otros partidos renovados, ante la crisis del MDP y del PC y las limitaciones del propio sistema electoral, vieron en el PS el lugar natural en cuyo interior debía re articularse la izquierda, expectativa estimulada por diversos sectores socialistas. Ante los resultados electorales del Congreso de Unificación (CU) se produjo un reordenamiento de las tendencias internas del PS. En 1991, poniendo en práctica las resoluciones del CU, fue conformada una Comisión de Programas. Ella debía plasmar las concepciones renovadas y, por tanto, la nueva identidad del partido. En junio de ese año dicha comisión publicó la Hipótesis para un Programa Socialista (Partido Socialista, 1991) en la cual se sostuvo que el programa del partido, junto con aportar a la recuperación

democrática del país, debía expresar los ideales y orientaciones del proyecto de renovación socialista.

En febrero de 1992 la Vicepresidencia de Estudios y Programas de PS, a través de una de sus subcomisiones, elaboró el documento de discusión “Proyecto Socialista”, cuyo propósito era definir la utopía partidaria y su concepción del socialismo. En él quedaron plasmadas las principales tesis de la renovación. El documento, en un clima partidario que le asignaba escasa relevancia política, fue debatido durante 1993. Su texto debía ser aprobado en un Congreso Extraordinario, el que finalmente se celebró en La Serena en diciembre de ese año. Allí, no obstante, no fue aprobado. Tal cosa en consideración a que la mayoría estimó que no había estado precedido de la necesaria discusión partidaria y que las tesis de los sectores minoritarios del partido no habían sido suficientemente difundidas.

5. ¿Renovación o cambio de identidad?

Es posible sostener que las tesis de la Comisión de Programas del PS y en general las ideas clave de la renovación terminaron imponiéndose dentro del PS unificado. No se puede dejar de anotar que tales ideas, lejos de toda originalidad, en lo grueso representaron la recepción de un pensamiento que previamente se había desarrollado entre los partidos socialdemócratas europeos.

Ya en el Programa de Godesberg, aprobado en 1959 por la socialdemocracia alemana, se sostuvo que el socialismo consistía en un conjunto de valores a realizar –básicamente la democracia, la libertad y la solidaridad- y no en un tipo de sociedad específica. Más aún, Brand (1974, citado por Meyer, 1982), afirmó que “en el programa de Godesberg, el socialismo se concibe como democracia desarrollada” (p. 84). Estas tesis vinieron acompañadas de la renuncia de la socialdemocracia alemana a considerarse como partido obrero y a identificarse con una ideología determinada.

Como hemos visto, tales fueron precisamente las ideas fuerza en torno a las cuales se llevó a cabo la renovación socialista en Chile, pese a que no se explicitara su filiación. Teniendo en consideración esto último, y todos lo expuesto en páginas anteriores, es que se puede sostener que el proceso que empezó a experimentar el PS desde fines de los setenta en adelante, -que lo condujo a asumir una identidad distinta-, no es sinónimo de renovación. Tal cosa por cuanto la nueva identidad que la colectividad terminó asumiendo representó una ruptura radical con sus definiciones originarias e históricas (clasistas, revolucionarias, marxistas, anti capitalistas, entre otras), las que, más que renovadas, fueron negadas. Correlativamente, tal negación se hizo asumiendo una identidad preexistente, prefigurada en la reflexión de la Internacional Socialista contemporánea, a la que el PS se integró. En virtud de estas razones es que podría estimarse que más que una renovación, el proceso que desde los años setenta del siglo pasado en adelante experimentó el PS, y otros sectores de la izquierda chilena, consistió más bien en la asunción de una identidad completamente nueva.

Conclusiones

La conclusión principal que se deriva de los hechos expuestos ratifica lo señalado en nuestra hipótesis. A saber, que la “renovación” de un sector de la izquierda chilena no fue tal sino que consistió en un cambio de identidad. Este, y no otro, fue el proceso que desde la segunda mitad de los setenta se inició en el PS, irradiando luego a otros sectores de la izquierda, los que, lejos de renovar o actualizar sus concepciones fundantes, según hemos visto, las negaron. Como resultado de la descrita transformación ideológica y política, el PS abandonó sus iniciales e históricos conceptos fundantes, como fuera su anticapitalismo, su identificación de clase y su concepto de revolución, negaciones esenciales que no permiten afirmar que se esté en presencia de un proceso de “renovación,” sino más bien del desprendimiento de un pasado que, más allá de declaraciones en contrario, en los hechos se quiso dejar definitivamente atrás, proceso que, en todo caso, empezó a operar sólo cuando

se hizo evidente que la derrota del 11 de septiembre no era pasajera. El importante rol que, por otra parte, jugara la socialdemocracia europea en este proceso de cambio de identidades, no puede pasar desapercibido, rol que fue no sólo político e ideológico, sino también financiero. En virtud de lo señalado, no es posible compartir la tesis de Jorge Arrate, quien creyó ver en la “renovación socialista” un retorno a las fuentes originarias del partido. Como hemos visto, fueron precisamente esas fuentes originarias las que resultaron radicalmente negadas por la “renovación”, dando con ello lugar a una nueva identidad partidaria.

A partir de estas conclusiones, y como temas a desarrollar en investigaciones futuras, cabría ahondar en cuestiones conexas. Entre las mismas se puede hacer mención a la influencia que tuvo la “renovación” en el modo como la dictadura fue reemplazada por gobiernos civiles en los cuales a ella –a través de su alianza con el PDC- le correspondiera jugar un papel relevante, consistente en darle, desde los gobiernos de la Concertación que advinieran a partir de 1990, gobernabilidad al predominio de grupos económicos y a su modelo neoliberal instalado por la dictadura.

También, y en este marco, cabría profundizar en las perspectivas que se le abrieron a las dirigencias partidarias “renovadas” en orden a mejorar sustancialmente sus vidas personales –y sus propias carreras políticas- si redefinían sus identidades de manera acorde a las necesidades del entonces triunfante capitalismo local y mundial. En este sentido, una alianza con el centro DC, les permitiría a esas dirigencias (como resultado de una salida pactada con patrocinio norteamericano) acceder a los cargos superiores del Estado y a sus prebendas y beneficios anexos, lo que incluso no sólo beneficiaría a las cúpulas, sino también a cierta base militante cuya fidelidad se mantendría mediante prácticas clientelares expresadas en gran medida en su ingreso al empleo público. Investigaciones empíricas en torno a estas cuestiones serían de gran interés, no solo para la historia reciente de Chile, sino también para la politología.

No menos interesantes podrían ser investigaciones sobre los aspectos culturales de la “renovación,” como las referentes a las prácticas sociales de la elite renovada, las modas que asumiera, sus lugares de residencias y de veraneo, sus vínculos sociales, e incluso parentales, con sectores de las elites tradicionales, etc. Bastante de esto ha adelantado Esteban Valenzuela en su libro *La conversión de los socialistas chilenos*.

En síntesis, el tema de la “renovación” en sus distintos aspectos se halla lejos de estar agotado. En efecto, todo indica que hasta hoy solo ha sido objeto de los primeros esbozos.

Referencias Bibliográficas

Altamirano, C. (1977). *Dialéctica de una derrota*. México: Siglo XX.

Arrate, J. e Hidalgo, P. (1989). *Pasión y razón del socialismo chileno*. Santiago: Editorial Ornitorrinco.

Arrate, J. (1987). *Exilio, textos de denuncia y esperanza*. Santiago: Editorial Documentas.

Arrate, J. (1985). *La fuerza democrática del ideal socialista*. Santiago: Ed. Documentas.

Correa, S; Figueroa, C; Jocelyn-Holt, A; Rollo, C y Vicuña, M.(2001). *Documentos del siglo XX chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana.

Garretón, M. (1987). *Reconstruir la política*. Santiago: Ed. Andante.

Jobet, J. (1971). *El Partido Socialista de Chile*. Tomo I. Apéndice documental. Santiago: Prensa

Latinoamericana.

Meyer, T. (1982). *El socialismo democrático*, 36 tesis. Bonn, Friedrich Ebert Stiftung.

Moyano, C. (2013). *El golpe de Estado y la erosión de los mapas cognitivos. Renovación socialista y efectos en la posdictadura en: "A 40 años del golpe de Estado en Chile"*. Cristina Moyano (compiladora). Santiago: Ed. USACH.

Partido Socialista de Chile (1933). *Declaración de Principios*. Octubre.

Partido Socialista de Chile (1978). *Boletín del Comité Central*. N° 55, Santiago de Chile.

Partido Socialista de Chile (1991). *Hipótesis para el Diseño de un Programa Socialista*. Vicepresidencia de Programas y Estudios. Junio. Chile.

Valenzuela, E. (2014). *La conversión de los socialistas chilenos. Esquema de transformación político cultural de una elite. Desde la revolución al orden*. Santiago: Editorial Desconcierto.

Vodánovic, H. (1988). *Un socialismo renovado para Chile*. Santiago: Ed. Andante.